

La prevención es la vía para no caer en “alertitis” ambiental

Prevention is the way not to fall into environmental “alertitis”.

Por: **Diego Miguel Quirama Aguilar**

La mala calidad del aire de las ciudades colombianas fue, hasta hace unos pocos meses, el debate central de los noticieros, las agendas políticas, las tertulias ciudadanas y las conversaciones de barberías y peluquerías. Sin embargo, como sucede con los temas cíclicos de moda, ya dejamos de escuchar en medios de comunicación que la calidad del aire de las ciudades colombianas tiene elevadísimos niveles de material particulado (PM), que a los ciudadanos se nos está afectando la salud, que los gobiernos locales toman medidas mitigadoras en momentos de emergencia y que deberíamos transitar a tecnologías sostenibles que contaminen menos la atmosfera local, “como otras ciudades del mundo”.

La ausencia de reportes en los noticieros sobre el tema no implica que el problema haya cesado y mucho menos justifica a los responsables de proponer soluciones para que bajen la guardia. Los registros en los medios de comunicación serán esporádicos hasta la siguiente emergencia, pero las personas respiramos en todo momento hasta Sofía Gómez necesita salir a la superficie para tomar oxígeno ocasionalmente y por eso necesitamos un aire con menores concentraciones de material particulado. La atención al tema de la calidad del aire por parte de los diferentes sectores sociales no se debe dejar guiar, entonces, solo por el “boom mediático” o por la ya aceptada dinámica social de preocuparse por la noticia del momento; la voluntad de descontaminar el aire debe ser rigurosa y continua.

La contaminación atmosférica y la peligrosa exposición a material particulado de los ciudadanos de las principales urbes de Colombia depende, a grandes rasgos, de múltiples fuentes de emisión y de la meteorología.

Entre las fuentes de emisión más comunes se encuentra la quema de diésel en los sistemas de transporte público y camiones de carga, la combustión de combustibles fósiles en industrias concentradas sectorialmente cerca de suelo residencial y la resuspensión de partículas provenientes de la gran cantidad de calles no pavimentadas, acompañada de la exigua limpieza efectiva de las mismas.

Respecto a la variabilidad climática, durante los primeros meses de cada año se repite un ciclo en el que hay menos lluvias, más incendios y menos vientos que dispersen los contaminantes. Estas condiciones, que se presentan naturalmente y no dependen del ser humano, favorecen la concentración de los contaminantes en un mismo lugar y no permiten que el “aire se limpie solo”.

En otras palabras, la atmósfera de nuestras ciudades es una copa completamente llena de contaminación producida diariamente, y la meteorología de los primeros meses del año es la gota que se encarga de rebosarla y visibilizar el problema que siempre ha estado ahí. Por ello, el enfoque de las acciones para descontaminar el aire debe ser el de reducir las constantes emisiones que tienen la copa a punto del derrame y mantienen a las ciudades ad portas de una nueva emergencia ambiental.

Hasta el momento, los casos de emergencia más sonados han sido protagonizados por Medellín y Bogotá, ciudades en las que se reúne y respira alrededor del 25% de la población del país, y en donde se miden los contaminantes atmosféricos con mayor rigurosidad. Ante la ausencia de medidas a nivel país para mejorar la atmosfera que respira esa cuarta parte de los colombianos, los gobiernos locales han actuado de forma re-

activa, tomando medidas de mitigación ante una situación que se les vino encima.

Sin entrar en detalles, las medidas en general carecen de rigor metodológico, y en su mayoría no están direccionadas a la eliminación o gestión de las fuentes contaminantes, sino a la restricción de actividades para disminuir la exposición. Una traducción más rústica sería que, ante la imposibilidad técnica o la negligencia para actuar sobre las fuentes, se le recomienda a la población que respire “pacito” y en un tiempo o espacio diferente al ya ocupado por los gases y partículas contaminantes.

En consecuencia, la ciudadanía ha ido formando núcleos sociales que hacen un llamado transversal a instituciones privadas y públicas de todos los niveles, academia y ciudadanía per se, para evolucionar desde su pensamiento inmediato y reactivo a un pensamiento con visión de ciudad, que incluya fundamentos técnicos y tenga un alto componente imaginativo, que dé como resultado la creación de acciones preventivas y la formulación o reformulación de planes a mediano y largo plazo para descontaminar las ciudades. Esta vez, los planes de descontaminación, aparte de mantener la excelencia técnica, deben hacer uso de ese componente de creatividad para que, desde su génesis, contengan estrategias de seguimiento, comando y control de las medidas adoptadas. Lo anterior, con el objetivo de que, desde el mismo plan, se garantice el cumplimiento de las propuestas en el particular contexto político, social y económico del país.

El posicionamiento de estrategias preventivas sólidas solo será posible si son construidas conjuntamente por los actores que serían

afectados por ellas, positiva o negativamente. En el caso de la contaminación atmosférica, bajo la premisa lógica de que el aire lo respiramos todas las personas, las acciones preventivas deben ser desarrolladas con la participación multidisciplinaria de todo aquel que necesite del aire para mantenerse vivo. Gobierno (en todas sus esferas), universidades, sector productivo privado y ciudadanía en su conjunto deben actuar transversalmente como creadores, constructores, impulsores, gestores y veedores de las medidas preventivas que nos eviten la penosa obligación de estar en alerta ambiental cada principio de año, a causa de una contaminación altamente dañina para la salud.

En este proceso creativo, casi todos los actores tienen sus funciones participativas parcialmente claras, pero los ciudadanos hemos sido perennemente vistos como las víctimas, los vigilantes del gobierno y, si hablamos más fuerte que el promedio, como activistas aislados. La ciudadanía en general está en la obligación implícita de sacudirse el exceso de indignación improductiva, empoderarse del problema y asumir su rol constructivo aportando a la solución. Vale destacar entonces que se estén creando organizaciones ciudadanas como la Mesa Técnica y Ciudadana por la Calidad del Aire de Bogotá –MeCAB– y la Organización Ciudadanos por el Aire, en Medellín, donde se articulan personas de distintos sectores, buscando construir de manera colectiva acciones políticas, académicas y de pedagogía que incidan positivamente en la calidad del aire de la ciudad. Y es que, como todos y todas lo sabemos, mejorar las condiciones ambientales en el lugar en el que vivimos depende de todos y todas; ¡sí, de todos y todas!

Cómo citar este artículo:

Quirama Aguilar, D. (2019). La prevención es la vía para no caer en “alertitis” ambiental. Revista Ambiental Éolo, (18).

Ingeniero Ambiental, Universidad de los Andes.